



FRONTAURA

LOPEZ

Y SU MUJER

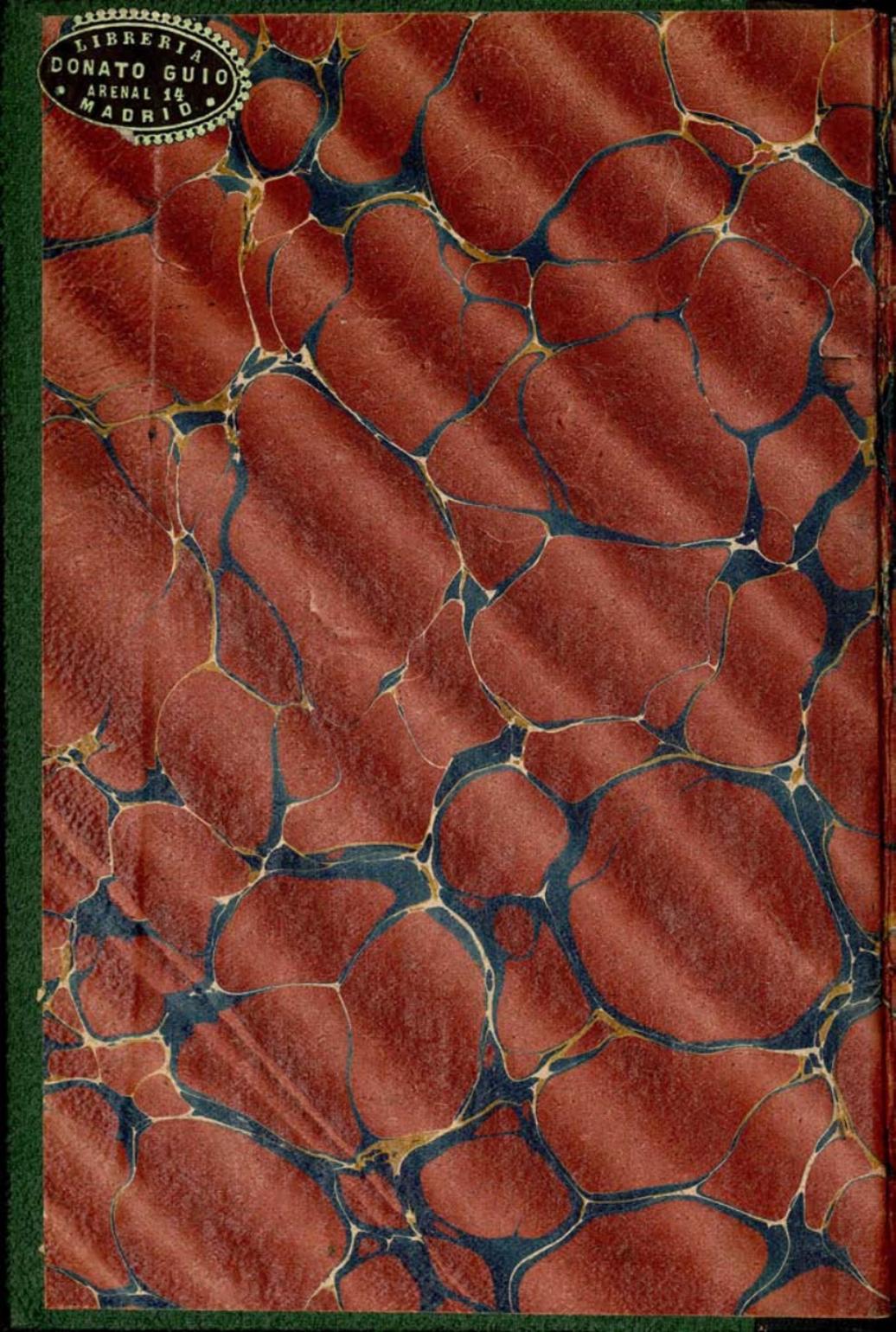
FRONTAURA

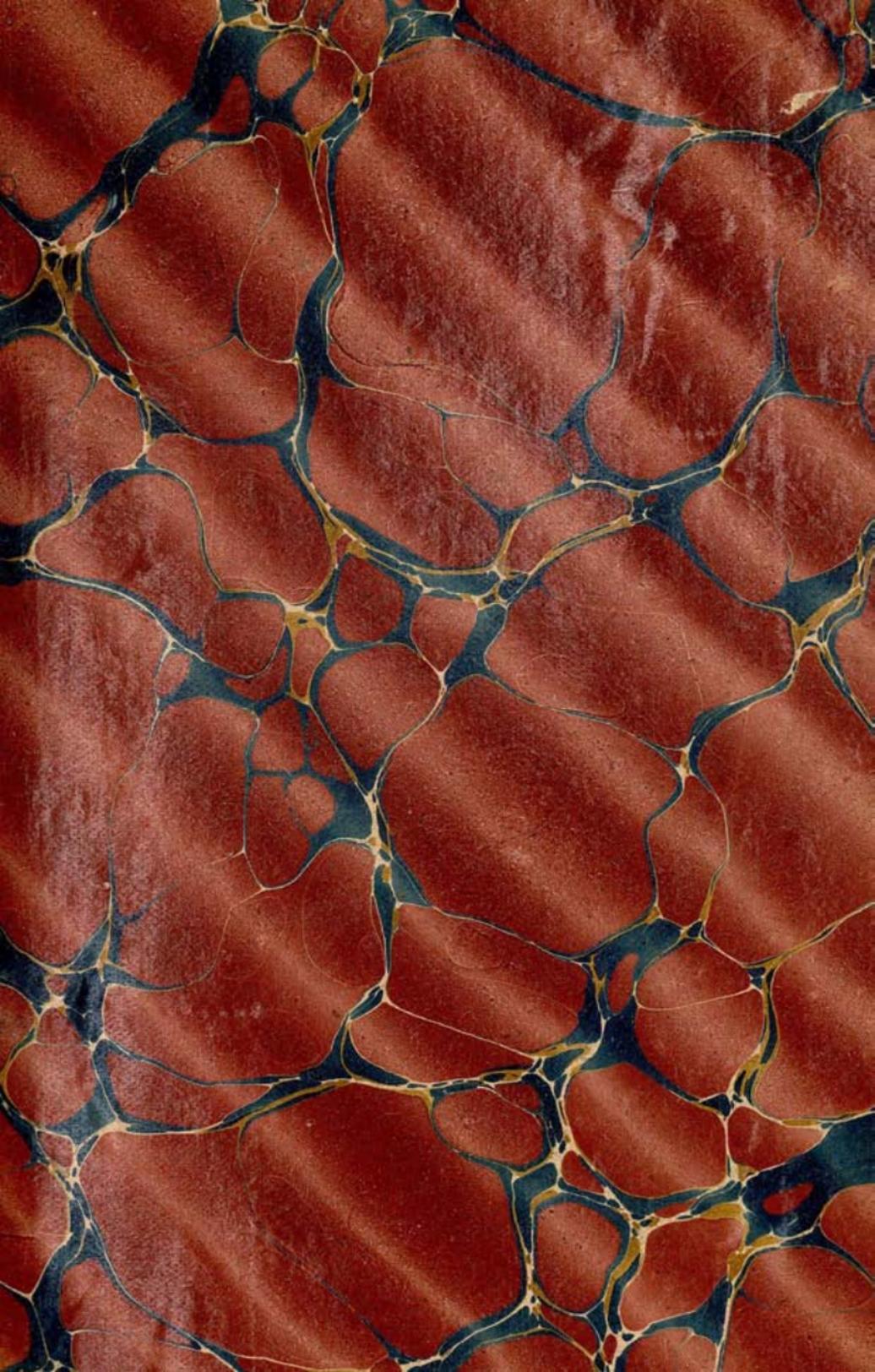
FUNDO ANTIGUO

A-1186

Bib. Regional

LIBRERIA
DONATO GUIO
ARENAL 14
MADRID





A-1186

R

33341

LOPEZ Y SU MUJER.

—

Esta obrita ha visto la luz por primera vez en las columnas de la hermosa publicacion semanal *La Ilustracion española y americana*, y ahora se publica en libro para complacer á las muchas personas que se han dirigido al autor en demanda de ejemplares.

—



CÁRLOS FRONTAURA.

LOPEZ Y SU MUJER

(PARECE NOVELA Y NO LO ES)

SEGUNDA EDICION

MADRID	SEVILLA
LIBRERÍA DE FERNANDO FE	LIBRERÍA DE HIJOS DE FE
CAR. S. JERÓNIMO, 2.	SERPES, NÚM. 104

1881

AL SR. D. LUIS PAGE Y CASAÑA

*En testimonio de consideracion y verdadero
afecto*

EL AUTOR.

LOPEZ Y SU MUJER.

PARECE NOVELA Y NO LO ES.

I.

Cómo quedó viudo el general.

El general Ramirez era un cumplido caballero y un bizarro militar, por todos considerado y respetado; pero adolecía de un defecto de carácter, que consistía en ser demasiado ligero; es decir, que no era hombre de pensar maduramente las cosas y obrar en toda circunstancia con la prudencia y el tacto de persona discreta.

Lo que imaginaba poníalo por obra sin más ni más, á saliere lo que saliere. En

su carrera militar valióle grandemente su arrojo; y habiéndose empeñado en las más temerarias empresas, sin pesar ni medir las consecuencias, favorecióle la suerte y le sirvió el éxito maravillosamente, á la vez que otros jefes sesudos y discretos, y que nada intentaban sin meditarlo mucho, se veían en los más grandes aprietos y eran derrotados allí donde habían calculado matemáticamente segura la victoria.

De estas anomalías suelen verse en el mundo, en lo militar y en lo civil.

Puede muy bien decirse que á Ramirez sus ligerezas le hicieron general, y Dios sabe á dónde habria llegado si no hubiera muerto prematuramente, por haberse aligerado de ropa ántes del *cuarenta* de Mayo. Una pulmonía fulminante le llevó al sepulcro.

El General habia casado con una hermosa y distinguidísima dama, enamorada de su carácter noble y franco y de su valor y gallardía, y ella y él fueron felices diez años. La buena señora murió desas-

trosamente en alta mar. El ejemplo de su marido habíala hecho animosa por extremo, y viniendo de Manila, subió detras de Ramirez á la cubierta del vapor, con la curiosidad de presenciar el imponente espectáculo de la tempestad. El capitán del barco, que la vió sobre cubierta, gritóle desde el puente avisándole el peligro; y cuando la desdichada iba á retirarse, un furioso golpe de mar la arrebató y la hundió en el abismo.

Hubiérala seguido Ramirez si dos marineros no le hubiesen sujetado con todas sus fuerzas, arrastrándole á la cámara, donde le encerraron. Gritó desesperado, forcejeó en vano para abrir la puerta, y habríase acaso roto el cráneo en ella si no hubiese llegado á su corazón el sonido de una angustiosa voz que gritaba: «¡Mamá! ¡Papá! ¡Mamá!» Era su hija Isabel, una encantadora niña de ocho años, que habia quedado en el camarote dormida mientras sus padres subieron sobre cubierta. Habíase despertado, y llena de miedo al verse sola en aquel reducido

espacio, oyendo con espanto el pavoroso crujir de las maderas del barco, el acompañado ruido de la máquina y el bramido de las furiosas olas, y sintiendo el horrible movimiento de aquella casa flotante, llamaba con desgarrador acento á los dos seres queridos que sabía la amaban sobre todo lo de este mundo. Ramirez, loco de dolor, corrió al camarote, y allí confundieron sus lágrimas padre é hija, y ya no quiso aquél arrojarse al mar, porque su deber le mandaba conservar la vida para consagrarla á la pobre niña sin madre.

No pudo siquiera intentarse la salvacion de la desventurada. Las olas, en un instante, habíanla llevado léjos, muy léjos.

II.

Cómo halló el general su segunda esposa.

Durante mucho tiempo,—más tiempo del que los viudos suelen conservarse fieles á la memoria de sus compañeras,—el General no pudo olvidar á la desventurada esposa; la lloró sinceramente, y pensó que ninguna otra mujer podría llenar el vacío que, en su corazón y en su hogar, había dejado la madre de su hija adorada.

Pero el hombre es frágil, aunque sea general y tan fuerte como lo era, á no dudar, el general Ramirez.

Una tarde, hallándose de cuartel, porque no mandaban los suyos, paseaba Ramirez por la Carrera de San Jerónimo,

haciendo tiempo hasta la hora de una reunion que iban á celebrar varios hombres políticos, civiles y militares, en la que habia de tratarse de escogitar los más adecuados medios de lograr la caida del Gobierno constituido, inocente entretenimiento en que se ocupan hace muchos años los españoles más distinguidos. Ya se acercaba la hora, y el General se dirigió á la calle de la Cruz, por donde iria en derechura á la plaza del Ángel, que en esta plaza estaba la casa que era centro de la conspiracion, y no bien habia entrado en la citada calle de la Cruz, detúvole una señora de magnífico aspecto, bien compuesta y aderezada, con su sombrero blanco de última moda, su abrigo de precioso terciopelo, su manguito elegantísimo, y en fin, completamente aliñada con todos los vuelos, encajes, puntillas, lazos, cintas, leontina, pulseras, guardapelo, reloj, y todo lo demas propio del atavío de una jamona de muchísimas pretensiones.

—¡Ramirez!—exclamó la dama.

—¡Virtudes! — dijo el General, estrechando cariñosamente la enguantada mano que la dama sacó del fondo del perfumado manguito.

—¿Y la niña?

—Buena, muy hermosa.

—Ya será una mujercita.

—Una mujer, amiga mia; ya va á cumplir diez y seis años.

—No sabía que estaba V. en Madrid.

—Sí, hija mia, me dejaron á pié, y aquí estoy esperando y procurando que las cosas varien.

—¡Jesus, cuánto gusto tengo en ver á V.!

—Y yo celebro infinitamente encontrar á V. tan buena, tan jóven y tan hermosa.

—¡Jesus, Jesus, qué galante! Ya, amigo mio, no estoy ni buena, ni jóven, ni presentable siquiera desde que murió el pobre Juan.

—¡Pobrecillo! mi querido Martinez. Desde alféreces estuvimos juntos. Era mi mejor amigo.

—Estimaba á V. muchísimo.

—¡Qué celoso era! Tenía delirio por su mujer, pero más feroz que Otelo.

—¡Oh! en cuanto á eso era insufrible.

—Hasta de mí desconfiaba.

—Estaba ciego.

—No, ciego precisamente no, porque ya sabe V. que no le faltaba motivo para desconfiar. Usted me gustaba muchísimo, y me parece que se lo dije á V. alguna vez, á pesar de que Juan estaba siempre ojo avizor. ¿No recuerda V.?

—No, no recuerdo,—contestó la dama con un mohín graciosísimo y con un acento de candor que enamoró al General, tan impresionable como era.

Y siguieron hablando, y tanto hablaron, que al General se le pasó la hora de asistir á la reunion política trascendental de que dependia, en concepto de los conspiradores, la salvacion de la patria.

Un dependiente ínfimo del Municipio puso término á la conversacion del General y la Brigadiera, pues ha de saber el lector que Virtudes era viuda de un brigadier, el brigadier D. Juan Martinez, de

quien fué grande amigo el general Ramirez, tan amigo, que de buenísima gana le habria probado su amistad enamorando á la Brigadiera. Amigos de este linaje, en lo militar y en lo civil, se encuentran en todas partes. Virtudes vió que el manguero de la villa asestaba la de riego en direccion al sitio donde estaba conversando con el General, y apresurada echó á andar hácia la otra acera, procurando poner sus galas fuera del alcance del aluvion, y, ya en sitio seguro, despidióse del General, que estrechaba su mano y no la soltaba, miéntras ella le decia dónde tenía una pobre choza á su disposicion, y él le ofrecia la suya, encariéndole que fuera á ver á Isabelita, bien que ántes iria la niña á conocer á una señora que era tan amiga de su padre.

Fortuna fué para el General haber encontrado á la viuda. Además de la satisfaccion de reanudar sus amistosas relaciones con una dama tan hermosa y tan discreta, y que siempre habia sido muy de su gusto, logró por tan sencilla manera

verse libre del aprieto en que, mientras él estaba tan agradablemente entretenido, se vieron sus colegas de conspiracion, que, sorprendidos por la autoridad, fueron llevados á presencia del Jefe del Gobierno, y despues de ser amonestados con un enérgico discurso, que les entró por un oido y les salió por otro, recibieron órden de marchar para diversos puntos lejanos.

Y si no hubiera sido tan indudable y tan conocida la hidalguía del General, habria podido ser sospechosa para sus compañeros de conspiracion su falta de asistencia á la reunion; pero á ninguno le ocurría la más leve duda sobre su conducta, que siempre era la de un perfecto caballero, y de todos recibió afectuosas cartas de despedida, en que le enviaban cordial norabuena por no haberle alcanzado por entónces los rigores del Gobierno.

III.

La viuda.

Virtudes enviudó á los dos años de casada, y se consoló pronto de la inmensa pérdida que habia sufrido, porque el brigadier Martinez, aparte de su apostura y gallardía, con que se llevaba detras los ojos de las mujeres impresionables, era un carácter endemoniado y no se le podia aguantar. Vano, soberbio, celoso, brusco hasta la grosería, no hizo feliz á Virtudes. Volvió ésta al lado de su anciana madre, que tenía su casa en la histórica villa de Manzanáres, y allí vivió siendo la reina del pueblo los años que aquélla estuvo en el mundo; pero cuando la buena señora pasó á mejor vida, la huérfana y viuda

no se encontró bien en Manzanáres, donde no le faltaban pretendientes, aunque ingrata para todos por lo bien hallada que se sentía con la libertad de su estado, y formó resolución de venir á la Corte, sin renunciar por eso á pasar algunas temporadas en el pueblo de su nacimiento. Allí poseía algunas casas, que le rentaban poco, y tierras, que le daban algun fruto cuando no se le comía la aleve langosta, insecto por extremo aficionado á las cosechas de la Mancha.

Vino á Madrid, alquiló un entresuelo muy bonito en una calle céntrica, reanudó sus relaciones con personas principálsimas que habian fecuentado la casa de sus padres, ántes de que éstos se retirasen á la tranquila villa de Manzanáres, y fué recibida y apreciada en todas partes como lo merecía una señora tan distinguida, que llevaba honestísimamente su viudez, sin que nadie hubiera tenido que contar de ella cosa que pudiera en lo más mínimo desfavorecerla.

Vivia Virtudes con su viudedad y el

producto de sus finquitas en Manzanáres, y pronto vió que no eran suficientes una y otro para la vida de Madrid. Y eso que Virtudes nada tenía que gastar en coche ni en teatro, y casi tampoco en comer, porque sus amigas se la disputaban para llevarla en coche á todas partes, y con ellas iba todas las noches á palco á los principales teatros, y todos los dias estaba convidada á comer. Pero sus amigas, que le daban palco y coche y de comer, no podian darle trajes, ó ella no los podia decorosamente recibir, y para trajes no le bastaba con su viudedad y el producto de su hacienda.

Virtudes tenía algunas muy estimables, no sería justo negarlo; pero faltábale la de la modestia, y por consiguiente, era víctima de la moda, ó mejor dicho, de la modista. En manos de ésta, y en las de los apreciables comerciantes de las calles de Espoz y Mina y del Cármen, dejaba su paga de brigadiera viuda y sus rentas. Eso sí, no la habia en Madrid más elegante y con tanto gusto aderezada, y si á

los hombres admiraba su hermosura, á las mujeres sorprendia y desesperaba su atavío. No pensaba ni se ocupaba en otra cosa. Pasaba largas horas de conferencia con la modista, la mejor de Madrid, y por ende la más cara, y más discutia ella sobre la colocacion de un bias, dimension de una túnica, altura del talle y vuelo de la falda, mucho más que nuestros políticos han discutido sobre sus propios méritos y sus grandes faltas. Trajes para casa tenía tantos como dias el año; en el teatro no se le veía dos veces el mismo vestido, y para calle, para visita, para *soirée*, para paseo, para ir á la iglesia, para asistir á los toros, para campo, para viaje, eran innumerables los que poseia. En su casa hubiera visto Flammarion la pluralidad de mundos, y la de perchas, armarios, cofres y arcas de todas formas y tamaños. Con la tela empleada en sus trajes creo que podria haberse hecho una funda muy holgada para el globo terráqueo.

Pero aún no tenía bastante. Como las

exigencias de la moda son continuas y no acaban nunca, Virtudes empezó á notar que ni la paga de brigadiera, ni los alquileres de sus casas, ni la cosecha que cogia de azafran, de patatas y cebada, ni las vides en término de Manzanáres, sumaban todo lo preciso para sufragar los gastos á que le obligaba su vanidad, cada vez más estimulada por las lisonjas de sus amigos y la envidia de sus amigas. Aquella vanidad desaforada convirtiése en verdadera fiebre, en afan insaciable de lujo con que deslumbrar más aún á los hombres y desesperar á las mujeres.

La pobre Virtudes hipotecó sus fincas, y tuvo dinero, el dinero de la usura, que tan caro cuesta y aprovecha tan poco, y si no empeñó su pension, fué porque su vanidad le impedía dar un paso que no podria ocultarse; pero no tardó en comprender que el camino emprendido conducia derechamente á la ruina, á la miseria; y precisamente cuando en su cerebro se entrechocaban negras ideas, angustiosos temores y tristísimos presentimientos,

cuando empezaba á descubrir el abismo á que le llevaba su manía, entónces fué cuando encontró afortunadamente á su antiguo adorador el general Ramirez.

Cuando el manguero de la villa cortó su conversacion con el General, ya tenía Virtudes formado su plan.

Y siguió su camino la ilustre manchega por la Carrera adelante, majestuosa, gallarda, andando como sólo saben andar estas incomparables mujeres españolas, entornando los ojos cuando la miraban, al pasar, los hombres, que en Madrid miran con mucho descaro á las mujeres hermosas, deteniéndose delante de los escaparates de las joyerías y de los almacenes de muebles, iluminada su mente por un rayo bienhechor de esperanza, que en un instante disipó las tinieblas de sus negros pensamientos.

«Yo me caso con el General», se decia.

Este ascenso era su esperanza.

De buena gana hubiera ido el dia siguiente á visitar á la hija del General, pero desistió de esta idea. Prefirió sufrir la im-

paciencia de esperar la deseada visita del General. Era preciso que éste no sospechase nada. Los hombres, en llegando á cierta edad, ó son lo más inocente del mundo, no habiéndoles servido de nada la experiencia, ó dan en suspicaces y recelosos, y no se fian ni de su camisa. Podria ser de éstos el General, y podria creer que visitar Virtudes á la hija era un pretexto para ser otra vez vista y admirada del padre.

Era el General un poco vano, porque habia alcanzado buena fortuna con las mujeres y estaba harto habituado á la victoria. Virtudes lo sabía, y se propuso que el General cayera rendido á sus piés, y hacerse mucho de rogar ántes de consentir en que fuera su dueño, prévia lectura, por supuesto, de la epístola de San Pablo, aunque ya no era esta epístola ninguna novedad para él ni para ella.

IV.

Cómo obtuvo la Brigadiera el ascenso inmediato.

Tres días despues, tres días mortales de impaciencia para Virtudes, el General dijo á su hija que se ataviase lo mejor que supiera y pudiera, para ir con él á hacer una visita. La candorosa niña no estaba acostumbrada á visitas. Su padre, engolfado en la política, acompañaba poco á su hija, de quien cuidaba una institutriz cariñosa é inteligente, persona de toda confianza y por todos conceptos estimable. Isabel sintió singular contento porque su padre la llevaba á hacer una visita. Hacía algun tiempo que su aya le dirigia advertencias útiles y le daba preciosos consejos para cuando

se presentase en sociedad, y sin duda ir con su padre á hacer visitas sería uno de los actos preliminares de su presentacion en sociedad. Isabel empezaba á sentir el deseo de penetrar en lo desconocido. Acababa de ser niña y empezaba á ser mujer.

Virtudes recibió con las más expresivas demostraciones de agrado y satisfaccion á la hija del General, colmándola de caricias, elogiando grandemente su hermosura y su talento, y consiguió cautivar la voluntad de la niña, que jamás, desde la muerte de su desdichada madre, habia recibido tan cariñosas pruebas de tierno afecto.

—Hoy me la deja V. aquí,—dijo al General.—Usted se marcha á su Casino, á su tertulia, á su Congreso, á donde usted quiera, y esta noche irá Isabelita á casa, ó si no, la llevaré yo mañana.

Isabel se manifestó muy complacida, y el General asintió cortésmente á cuanto propuso la viuda.

La jovencita pasó el dia más venturoso de su vida.

Virtudes la tuvo entretenida de la manera más agradable. Mostróle su guardaro-
ropa, que era un conjunto encantador de
primores y preciosidades, un verdadero
museo de la elegancia y el buen gusto.

Hablaron de mil cosas, demostrando
la viuda su talento superior y apoderán-
dose completamente del corazón y de la
voluntad de la inexperta niña, encantada
con la amenidad de la conversacion y
halagada con los encomios que de sus
perfecciones hacía aquella mujer tan
amable, tan insinuante, tan dulce y tan
seductora.

Algunas personas visitaron á Virtudes,
y á todas presentó á su tierna amiga, ha-
ciendo de ella elogios tan extremados,
pero con tal delicadeza y tanta sinceri-
dad, que el amor propio y la vanidad, que
áun no se habian revelado en la niña
inocente, comenzaron á empañar la dia-
fanidad de sus puros pensamientos.

Ello fué que se identificó por tan singu-
lar manera Isabel con la viuda, que ya
no pudo pasar un solo dia sin verla. No

habia tenido amiguitas en la infancia, ni amado más que á sus padres, y así, la primera persona extraña que le habló el lenguaje lisonjero y encantador, que tan admirablemente sabía usar Virtudes, se hizo dueña de su corazon y ganó todo el afecto de su alma.

El plan de la viuda marchaba á las mil maravillas.

El General no oia más que elogios de la discrecion, del talento, de la gracia, de la virtud de Virtudes, y estos elogios en boca de su hija tenian para él mucho más valor que si los expresaran otras personas. Y eso sí, no podia negarse lo merecido de tan grandes alabanzas, porque era, en verdad, incomparable la gracia de Virtudes, amenísimo su trato, dulce y adorable su carácter, grata sobre todo en carecimiento su conversacion, y cada dia Isabel descubria en su amiga nuevos encantos, que ponderaba delante de su padre con la fe y el candor de la inocencia.

Llegaron Virtudes é Isabel á ser inseparables.

Un dia dijo el General á su hija:

—Isabelita, ¿sabes que tengo envidia de Virtudes?

—¿Por qué, papá?

—Porque la quieres más que á mí.

—Más que á tí, no, porque eso no puede ser; pero la quiero mucho.

—Vamos, la quieres tanto como á mí, ¿verdad?

—No digo tanto, pero mucho.

—Y estoy pensando, niña mia, que para que yo pueda tenerte á mi lado, para que yo pueda verte y no te separes de tu amiga, va á ser preciso que me case con ella.

—¡Ay, ojalá!—exclamó Isabel con visible contento.

—¿No te pesaria tener madrastra?

—Madre cariñosísima, y no madrastra, sería Virtudes para mí,—repuso la niña, dócil instrumento de la viuda, que todo lo habia calculado y previsto, y ya tenía seguridad de que llegaria momento en que el General, con beneplácito de su hija, solicitaria su mano con vivas instancias.



El General tenía la pretension de ser un hombre astuto, travieso, de mundo, gran conocedor del corazon humano; y en puridad era, en cierto modo, tan inocente y candoroso como su hija.

Un dia acompañó á ésta á casa de Virtudes, resuelto á plantear la cuestion.

—Amiga mia,—dijo á la viuda,—usted me ha secuestrado mi hija; la veo cortos momentos, porque siempre se halla en esta casa. Mi hija prefiere la compañía de usted á la de su padre, y, en fin, vive con usted más que conmigo. Yo celebro infinitamente que se amen VV. tanto, pero que me abandone mi hija no me puede ser agradable. Usted ha hechizado á mi hija, y para que no acabe V. de arrebatármela, he pensado... una cosa muy sencilla, he pensado casarme con V.

—¡Jesus, qué disparate!—exclamó con una carcajada la viuda.

—¡Disparate!—repitió con gran asombro el General, que jamás habia imaginado que pudiera pensar un disparate en ninguna circunstancia de su vida.

—Sí, señor; un disparate,—insistió Virtudes.

—¿Por qué?

—Porque yo estoy fuera de combate.

—Como no se trata de combatir, sino de casarse...

—¡Ay, General! ¿y casarse no es combatir? Recuerdo mucho á Martinez. Mi union con él fué una lucha terrible. ¡Qué hombre tan hermoso y tan odioso! Téngale Dios en la gloria.

—Señora, ¿va V. á compararme con Martinez? Aquel hombre era una fiera del desierto. Yo estoy ya domesticado; lo estoy hace mucho tiempo.

—Pues, amigo mio,—dijo Virtudes, adoptando un tono algo más grave,—tengo hecho firme propósito de no volver á casarme.

—Tambien yo le tengo hecho, y sin embargo... Es un desatino hacer tales propósitos. Cuando yo le hice no veia á usted frecuentemente como ahora. Usted conoce mi carácter, amable Virtudes; pienso una cosa y la realizo, y he

pensado casarme con V., y nos casamos.

—No me determino. Es una honra muy grande para mí que uno de los más bizarros generales me ofrezca su mano; estimo á V. mucho, mucho más que á todas las personas que me favorecen con su amistad; amo á su hija de V. con amor de madre; pero, ¡ay, General! es muy serio eso de casarse. Me acuerdo mucho de Martinez. Usted no sabe lo que yo pasé con Martinez.

—¡Por vida de Martinez!— exclamó el General con impaciencia.

—El matrimonio fué para mí un nudo muy apretado, que si dura más, me ahoga.

—Ahora será un lazo muy suave.

—Caer en el lazo suele ser consecuencia de una imprevision ó de una ligereza. Además, un lazo se aprieta con tanta facilidad... Amigo mio, estoy ya tan bien hallada con esta independenciam de la viudez... Seamos amigos, General, amigos nada más.

—Usted lo pensará mejor, lo pensará

usted hoy todo el día—repuso el General,—y mañana vendré por la respuesta, y no admito otra que la afirmativa,—añadió.

—Lo tengo muy bien pensado ya,—exclamó la viuda con un tono tan sincero y candoroso, que demostraba las buenas condiciones de actriz de aquella hermosa señora.

Jamás llegarán las más eminentes artistas á poder competir en el arte del fingimiento con muchas damas que nunca pisaron la escena.

Bien pensado tenía, en efecto, la taimada apoderarse del General.

—Volveré mañana,—añadió éste,—pero volveré sin Isabel.

—¿Cómo?—preguntó con inquietud Virtudes;—¿intenta V. por ventura privarme de Isabelita? No será, porque si usted no la trae ó no le permite venir, yo iré á casa de V.; supongo que no me negará V. la entrada en su casa.

—Al contrario; si quiero que aquella casa sea la de V.

—Muchas gracias, General.

—Trasládese V. á ella y sea su dueña.

—Papá,—dijo Isabel, que áun no habia interrumpido el diálogo de su padre y su presunta madrastra.—Virtudes consentirá.

—¿Tú lo aseguras?—preguntó á su hija el General.

—Lo aseguro, porque puedo... ¿no es verdad?—continuó Isabel, interrogando á Virtudes y abrazándola,—¿no es verdad, hermana? Mira, no te llamaré mamá, te llamaré hermana, ¿quieres?

—¡Hija mia!—exclamó Virtudes estrechando cariñosísimamente en sus brazos á Isabel.

Y alguna lágrima vertió, conmoviendo profundamente al impresionable General, encantado de la ternura exquisita de la viuda.

Pero con todo esto no cedió en su resolución, asegurando más de esta suerte su presa.

Y más de un mes pasó, y Virtudes continuó negándose á acceder á los deseos

del General, cada vez más enamorado, por tal manera, que se convirtió en galan tan rendido y asendereado como pudiera serlo un cadete inexperto, y todo el mundo se enteró del amor que le habia acometido, y no dió poco que hablar á la gente de Madrid lo que llamaba todo el mundo la *chifladura* del general Ramirez.

Pero habiendo llegado á sus oidos esta calificacion, que siempre hay amigos indiscretos, y los hombres de gran posicion son los que más tienen de estos amigos, provocó Ramirez á uno de los que la habian propalado, y verificóse un duelo, en el que Ramirez, siempre bravo y generoso, quedó satisfecho con señalar una cuchillada á su adversario sobre una oreja.

—Con este ejemplo verán los demas,— dijo Ramirez,—que estoy dispuesto á cortar las orejas á quien se meta en cosas que á mí solo importan. A éste, por compasion, no le he dejado sin una oreja; pero el que venga despues se queda sin las dos.

Y nadie volvió á murmurar que el general Ramirez estaba *chiflado*.

Y sí lo estaba.

Pero en esta sociedad no se conoce, por ahora, mejor medio de hacerse respetar que el usado por el digno militar.

Después de aquel lance, Virtudes pronunció el suspirado *sí*; se declaró vencida por el amor y la bizarría de su pretendiente, y el general Ramirez, tan satisfecho, tan ufano como un barbilindo que ha arrancado de casa de sus padres á una hermosísima doncella, se casó con Virtudes y echó la casa por la ventana, como suele decirse, para celebrar tan fausto suceso; y con su mujer y su hija, pasados los primeros días de la luna de miel, fué á Paris y á Italia, y en todas partes asombró por su elegancia y su buen gusto la gallarda Generala.

En Nápoles, después de visitar Pompeya, hallábase Ramirez, cuando supo que en España habian entrado sus amigos en el poder, y recibió aviso del nuevo Gobierno para que apresurase su regreso, á fin de ocupar un puesto importante.

El General no se hizo repetir el aviso.

V.

Aquí entra Lopez.

Ramirez fué feliz.

La mujer le dominó por completo, y él en nada se atrevió á contrariarla. Virtudes hizo cuanto quiso; fué dueña absoluta de la casa, gastó, triunfó, satisfizo las exigencias de su vanidad, sin que nadie le hiciera la más leve observacion, y el mundo continuó considerándola una mujer superior en todo.

Pero la felicidad de Ramirez no fué completa, como no lo es nunca en este mundo. Un accidente, por todo extremo doloroso, vino á herirle en el corazon.

Isabel enfermó.

La pobre perdió el hermoso color de la juventud, perdió la animada expresion de su mirada, la dulce sonrisa de su boca, y comenzó á sentir tristeza, malestar, inapetencia, síntomas todos que á Virtudes y el General parecieron precursores de grave enfermedad.

Viéronla médicos y emprendieron su curacion, pero con poco éxito. Isabel se agravó, y hubo necesidad de llevarla á una poblacion próxima á Madrid. Dijeron los doctores que le convenia el cambio de clima. El General y Virtudes acompañaron á la enfermita, que realmente encontró algun alivio en su nueva residencia; pero este alivio tenía sus intermitencias. Tras un dia bueno, en que parecia Isabel recobrar la animacion, la alegría, el apetito, venía otro de postracion y tristeza.

El General temió que la tísis, esa horrible enfermedad que entrega á la muerte tanta juventud y tanta hermosura, se apoderara de su hija adorada.

Un dia se encerró con el médico que en aquella poblacion asistia á Isabel, un

anciano muy simpático, jovial y alegre, y le dijo:

—Don Agapito, quiero que hablemos sin ambages ni rodeos; quiero que me diga V. la verdad, toda la verdad acerca del estado de mi hija. Soy padre, y tengo derecho á saber si mi hija puede curarse, ó si Dios me ha condenado al más grande de los infortunios, á perder á mi hija.

—¡Perderla!... ¡Hombre, no faltaba más!...—contestó el médico sonriéndose, como si estuviera hablando de cosa divertida.

—¿No es grave la enfermedad de mi hija?...

—¿Quiere V. callar? Por Dios, mi General, ¡qué ha de ser grave! ¡Vaya, vaya! Hoy está mejor. Que se distraiga, que se nutra, que no se apoque... Diga V., mi General, ¿Isabelita tiene novio?...

—No creo. Yo lo sabría.

—¡Qué demonio! ¿No tiene novio una chica tan guapa?...

—¿Por qué lo dice V.?...

—¡Hombre! lo digo porque es extraño

que una muchacha como un oro, que vale más dinero que pesa y que hará feliz á quien sea su marido, no tenga novio.

—Pero ¿qué quiere V. decir?...

—Mi General, que Isabelita se curará; que en mudando de estado se pondrá buena, y será una mujer hermosísima, fresca, gruesa... Ahí tiene V. la mia, que pesa hoy diez arrobas... Pues cuando nos casamos iba para tísica á marchas forzadas, y ahí la tiene V., que no ha vuelto á tener un dolor de cabeza, y ha echado al mundo siete hijos como siete leones, y todos viven y beben, y Dios sabe los trabajos que hemos pasado para criarlos.

El General quedó pensativo, y el médico siguió haciéndole saber las circunstancias de sus siete hijos, cómo los habia colocado á todos, y cómo habian quedado solos su mujer y él, porque todos los hijos estaban ausentes, unos en España, otros en el extranjero.

—No nos ha quedado, decia el médico, más que la satisfaccion de haberlos colocado bien y la de saber que todos tienen

que comer y son honrados. No pueden aspirar los padres á más grata satisfaccion. Al principio, cuando nos vimos enteramente solos, tuvimos mucha pena mi mujer y yo; pero, mi General, yo, que no soy una lumbrera de la ciencia y que sólo poseo mucha práctica, he aprendido que las penas predisponen horribilmente á todo linaje de enfermedades, y por lo mismo que sé lo que son enfermedades, no las quiero en casa. Así es que dije á Facunda, mi mujer (yo la llamo Fecunda, que es más propio nombre para ella), le dije, digo: «Mira, chica, no nos apenemos: si los muchachos son felices y viven bien léjos de nosotros, alegrémonos con saberlo, y vivamos para saber siempre que lo son. Si estuvieran con nosotros, no experimentaríamos la inmensa alegría que ahora nos produce cada carta suya que recibimos. Dios lo ha dispuesto, y Dios siempre dispone lo que conviene.» Y mi mujer, que es una tonta, pero buena como el pan, y que no tiene más opinion ni más voluntad que la de su marido,

me dijo: «Tienes razon, chico, y desde ahora se acabaron los pujos y los lloriqueos, y hagamos por nosotros, y fuera penas, y Dios nos dé salud para saber que los chicos viven contentos y se portan como Dios manda, y para verlos de cuando en cuando, en pudiendo ser buena-mente.»

El General no oia al médico. Preocupado con lo que éste le habia dicho relativamente á la gentil Isabel, no atendia en modo alguno al Galeno, que al fin, como hombre discreto que era, comprendió la natural preocupacion del amantísimo padre y se dispuso á retirarse.

—Mi General, lo dicho, no hay que descuidar á esa señorita—dijo el excelente hombre;—es preciso atenderla amorosamente, lo mismo que el floricultor inteligente cuida una flor delicada, que sin su celo exquisito, sin su observacion constante, abandonada á la inclemencia de los vientos ó á los rayos abrasadores del sol, se marchitaria y moriria. Esto lo diria un poeta muy gallardamente; yo no

soy poeta; soy solamente un médico práctico, rutinario, pero que he estudiado y aprendido en la experiencia mucho más que en los libros. Esa señorita se curará, y yo me holgaré mucho de verla animada, lozana, rebosando salud, del brazo de su marido, y recreándose en las risas y las alegrías de un hermoso niño que le tiende los bracitos desde los de la robusta montañesa que le cria. ¿No le gustará á usted eso, mi General?

—Perdone V.—dijo éste,—pero quiero estar sólo, quiero pensar y resolver lo que hago con esa muchacha.

El médico salió, y el General se quedó discurrendo la manera de conservar la vida de su hija querida.

Isabel estaba aquel dia mejor que otros; habia dormido bien, habia comido más que de ordinario, y se preparaba á salir en coche con Virtudes, que era para ella una hermana cariñosísima.

El General les señaló el camino que habian de seguir, hasta una huerta que pertenecia á un amigo suyo, donde habia

una excelente agua ferruginosa, de la que bebía Isabel.

—Esperadme allí,—dijo á su mujer y á su hija;—allá iré yo luégo á pié, dando un paseo, con Lopez, y despues nos volveremos los cuatro en coche.

Isabel y Virtudes subieron en la carretela, despidiéronse del General con muchos extremos de cariño, y fuéronse á la huerta, que distaba más de media legua.

—¿Que tendrá papá?.....—dijo Isabel á Virtudes,—está muy preocupado.

—¿Qué ha tener?... No teniendo tú completa salud, él y yo tenemos bastante motivo para estar preocupados.

—Vais á hacerme creer que estoy muy grave.

—¡Qué niñada! No lo creas ni un momento; aquí te repones seguramente. Lo afirma D. Agapito, ese médico tan jovial y tan sencillo y modesto que hemos hallado en este pueblo, y que me inspira mucha más confianza que algunos que pasan por eminencias.

Hablaron luégo Virtudes é Isabel de

mil y una cosas durante su paseo hasta la huerta donde habian de esperar al General, y cuando éste llegó, acompañado de Lopez, Virtudes acababa de preguntar á Isabel:

—Dime, niña mia, ¿tú no has amado nunca?...

Por donde se ve que Virtudes sabía tanto como el médico D. Agapito, ó mejor dicho, sabía mucho más que el médico.

VI.

Lopez.

El General dijo á uno de sus criados, luégo que su mujer y su hija se alejaron:

—Diga V. al capitan Lopez que vamos á salir.— ¿Dónde está el Capitan?

—Está algo malo, mi General,—contestó el criado.—Arriba está, en su cuarto.

—¡Por vida de... ¿Y no me lo han dicho?...

El General subió á la habitacion de Lopez, que era el ayudante de su predileccion, y entró sin anunciarse.

Lopez estaba sentado delante de una mesa junto al balcon, en la actitud de quien no hace más que pensar, que es la ocupacion más trascendental del hombre.

Apoyaba el codo sobre la mesa y la frente en la mano, y tenía fija la vista en las nubes que, formando mil caprichosas figuras de monstruos, odaliscas, santos, gigantes, caballos, torres, enanos, elefantes, diablos, estatuas colosales, pasaban allá á lo léjos, descomponiéndose luégo ó cambiándose los caballos en ciervos, los diablos en frailes, las torres en barcos, los elefantes en amorcillos inmensos con alas descomunales.

El General interrumpió el éxtasis de su ayudante.

—Pero, Lopez, ¿qué es eso? ¿Tambien V. está malo? ¿Qué tiene V.? ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Nada, mi General, no es nada; un dolor de cabeza, y nada más.

—¿De véras? ¿Nada más?... Pero está usted pálido, ojeroso...

—Pues no es sino lo que he dicho á usted, mi General.

—Más vale así. Lo siento, porque pensaba que diéramos un paseo hasta la huerta.

—Estoy á las órdenes de V., mi General.

—No, si no se siente V. bien...

—Al contrario, salir ha de convenirme. Puede que se despeje mi cabeza. Acompañaré á V., mi General.

—Mis dos mujeres han ido hácia la huerta, y allí nos esperan para volvernos los cuatro en el coche.

El General llamaba jovialmente á su mujer y su hija sus dos mujeres.

—Isabel—continuó—está hoy mucho mejor.

—¡Ah! ¿sí?...—exclamó Lopez, y se encendió su rostro.

—¿Usted se alegra?—preguntó el General.

—¿Cómo no ha de alegrarme lo que es para V. tan satisfactorio?

—Gracias, Lopez, muchas gracias,—añadió el General, estrechando la mano del Capitan;—ya sé que V. nos quiere bien.

—Soy agradecido,—dijo lacónicamente el Capitan.

Y pocos momentos despues el General y el Ayudante emprendian su paseo como dos buenos amigos.

El capitan Lopez era un gallardo jóven, que aparentaba haber pasado ya de la edad que tenía; un jóven reflexivo, serio, de pocas palabras, valiente hasta la temeridad, como lo habia demostrado peleando á las órdenes del General, á quien salvó la vida en una accion reñidísima, en que Ramirez tuvo que arrojarse bravamente delante de sus soldados contra el enemigo para darles ejemplo de cómo se arrostra la muerte cuando el honor militar lo exige. Desde entónces el General habia cobrado gran afecto á Lopez, y conservábale como ayudante á sus órdenes, tratándole con singular cariño y como si fuera un individuo de su propia familia. Lopez agradecia profundamente la distincion con que le trataba el General, y servíale fielmente, no traspasando jamás los límites del respeto que debia al superior, aunque éste animábale con su benevolencia á usar más franqueza y confianza.

Era Lopez por todos cuantos le conocian muy considerado; pero tachábanle, reconociendo sus buenas prendas, de ser por extremo adusto, arisco, poco expansivo, é insensible á los dulces afectos que son el encanto de los años juveniles. Sus compañeros de armas eran joviales, alegres, traviosos, enamorados en tan alto grado, que solian estarlo á un tiempo de más de una y de más de dos y de tres mujeres; y Lopez, ni gozaba en las alegrías de sus compañeros, ni se permitia ningun linaje de travesuras, ni habia procurado conquistar corazones en las muchas ciudades en que habia vivido. Exacto cumplidor de sus deberes, á ellos se consagraba exclusivamente, y en los ratos de vagar que le dejaba su cargo, al estudio de las buenas obras militares inglesas, alemanas, francesas y españolas. Vivía con poco, y lo demas lo empleaba en libros. Era un jóven irreprochable; pero sus compañeros le llamaban raro y excéntrico, si bien le respetaban y no se atrevian ya á hacerle ningun género de

observaciones sobre su carácter, porque tenía mal genio y sabían que no las sufría con calma.

El General y Lopez emprendieron su paseo y no hablaron largo espacio ni una palabra.

Y Lopez no habria hablado seguramente en toda la tarde si el General no le hubiera preguntado:

—¿Y el dolor de cabeza? ¿pasa?...

—Sí, señor, mi General.

—Estudia V. mucho y duerme poco.

—No, mi General; nunca se estudia demasiado, y no es bueno dormir más de lo preciso.

—¡Hombre! V. es muy singular,—añadió el General.

—Cuando V. lo dice será cierto.

—Yo no he conocido un jóven como usted.

—En efecto, son muchos mis defectos.

—No digo eso, hombre; digo que es usted un hombre originalísimo.

—No, señor, mi General; soy un hombre vulgarísimo, como tantos.

—Usted no va al café.

—No me gusta.

—Usted no juega.

—No sé, ni tengo afición.

—Usted no tiene ningun galanteo, que yo sepa.

—No, señor.

—A la edad de V. hacía yo el amor á toda mujer de buen ver que encontraba en mi camino. ¿No le gustan á V. las mujeres?

—Muchísimo.

—Pues entónces...

—Pero no me gusta engañarlas.

—Pues ¿dónde hay cosa más...

El General no se atrevió á terminar la expresion de su idea pecaminosa.

—¿No se ha enamorado V. nunca?...

—Sí, señor, mi General.

—Vamos, me alegro, hombre. ¿Y pasó?...

—No, señor.

—Es decir, que está V. enamorado ahora.

—Sí, señor.

—¿Y ella?...

—Ella no sabe nada.

—¡Amor platónico!...

—Amor muy profundo, mi General.

—¿Y cuándo piensa V. decir al objeto de su amor...

—Dios sabe. Puede que nunca.

—Lo dicho, amigo Lopez; es V. un hombre singularísimo.

—Como V. quiera, mi General.

—¿Espera V. que se explique ella?

—No tengo esa pretension.

—Pues, hombre, dígaselo V. con dos mil de á caballo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque soy poca cosa todavía.

—¡Poca cosa un capitán, uno de los capitanes más bravos del ejército español, que ha de llegar á general!

—Me desdeñaría.

—¿A V.? ¡quisiera verlo yo eso! Si le desdeñara á V., creeria que era una mujer insustancial, sin juicio, sin alma, sin

corazon, é indigna, por consiguiente, de que V. la mirase siquiera.

—¡Por Dios, mi General, no me avergüence V. hablando de mí con tal encomio! Nada soy y nada valgo. Por eso no declaro mi amor. Ella es muy rica.

—¿Muy rica? Mejor; así la merece usted, muy rica y muy buena, porque si no es buena, vaya al diablo su riqueza.

—Buena es tambien. Si no lo fuera, yo no la amaria.

—¡Hombre! dígame V. quién es, y yo me encargo de arreglarlo todo.

—¿Usted?

—Yo mismo.

—¡Imposible!

—¿Es que no me lo puede V. decir ó que no podria yo hacer que esa señorita le amase á V.?

—Lo uno y lo otro acaso.

—¡Caramba! excita V. mi curiosidad en gran manera. Pero ¿ha jurado V. no revelar el nombre de la que ama?

—No, señor; no juro, porque si jurase, cumpliria mi juramento, aunque me cos-

tase la vida, y es una gran ligereza jurar para que luégo pese el juramento y se quebrante.

—Entónces me dirá V. quién es esa mujer á quien V. quiere y no se lo dice, porque entiendo que la mujer en que usted haya fijado la atencion debe ser una mujer verdaderamente superior.

—Por hermosa y por buena la quiero yo; pero este amor mio, mi General, no merece ciertamente que V. se preocupe un momento.

—¿Cómo que no?... Lo que interesa á usted, á mí tambien me interesa. ¿Quién es esa mujer?... ¿La conozco yo?... ¿Es alguna de las amiguitas de mi mujer y de mi hija?...

—¿Me manda V. que se lo diga?

—No, hombre, eso no; yo no mando más que lo que puedo mandar. No lo mando, pero lo deseo.

—Para mí un deseo de mi General, trátese de lo que se quiera, es una órden; pero ántes de manifestar á V. quién es la mujer que amo, debo decir que no tengo

la pretension de aspirar hoy á su mano, porque ella es mucho y yo no soy nada.

—¡Vuelta! Buena es, en verdad, la modestia, pero no tanta, amigo Lopez. Yo creo que la hija de un grande de España no sería indigna del bizarro capitan que ha sabido ganar al frente del enemigo la cruz de San Fernando, que la ganó usted mejor que yo, que creo haberla ganado bien.

—Por Dios, mi General.

—No digo más que la verdad; bien sabe V. que no entra en mis hábitos exagerar las cosas. Conque acabemos, sea usted, franco y dígame, en fin, quién es la mujer que V. ama.

—Pues, mi General,—perdóneme V.— es Isabel.

—¡Isabel! ¡Mi hija!—exclamó el General, no enojado, sino sorprendido.—¡Mi hija!—repitió;—¡mi hija es la que usted ama!...

—Sí, mi General. Amo un imposible, ya lo sé, porque ántes que llegue á merecerla habrá pasado mucho tiempo, y ella

no habia de saber nada hasta que pudiera ofrecerla una posicion. Guarde V., pues, mi secreto, que he confiado á V., mi General, cediendo á sus deseos, y olvide usted que se lo he confiado.

—Hombre de Dios, ¿cómo lo he de olvidar?

—Acaso sea conveniente que yo, por más que lo sienta en mi alma, deje de tener el honor de ser ayudante de usted...

—¿Qué se entiende? Usted ¿por quién me toma? ¡Dejar de ser mi ayudante! ¡Hombre, estaria eso bueno!

—Mi General, hay sentimientos que yo no sé expresar en mi carácter rudo, pero que están arraigados fuertemente en mi corazon; uno de esos sentimientos es la gratitud, y V. es el que merece y tiene toda la de mi alma.

—Mi ayudante, sí, señor, será V. mi ayudante, mal que le pese, y será V. más, porque será V. mi hijo.

—¿Qué dice V., mi General?

—Es decir, si ella quiere, porque si

ella no le quiere á V., si no corresponde al amor de V., entónces yo, aunque lo sienta muchísimo, no le tendré á V. de ayudante, y le dejaré en libertad de ir á donde mejor le convenga. En fin, amigo Lopez, sepa V. que es V. una de las pocas personas que encuentro dignas de mi hija; que por mi parte, no sólo no pongo inconveniente alguno, sino que estoy lleno de satisfaccion al saber que hombre como V. ha puesto los ojos en mi hija; pero es preciso que V. hable, que V. diga á mi hija su amoroso pensamiento, que se haga V. amar de ella. Para todo eso está V. autorizado, y en diciendo ella que sí, no hay más que hablar. Y dígalo V. tambien á mi mujer. Virtudes quiere mucho á Isabel, son como dos hermanas, y mi hija hace mucho caso de Virtudes, y en mucho tiene su dictámen.

—Mi General, estoy verdaderamente confundido, y no acierto á expresar mis ideas, ni á pensar siquiera... ¿Cómo habia yo de suponer que V. se contentaba

con un hombre tan insignificante como yo para su hija?

—¡Dale! ¿Cree V. que yo soy un padre ridículo de esos que quieren para sus hijas montones de oro?... No, señor; conozco muchas gentes que tienen muchísimo dinero y viven muy mal; conozco mujeres casadas con hombres ricos, que, en medio de su lujo deslumbrador viven, con muchas penas, y todo el mundo sabe de matrimonios colocados en el pináculo de la fortuna que desconocen por completo lo que es la felicidad doméstica, que viven en el vertiginoso torbellino de los placeres mundanos llenos de afán, de vergüenza y de remordimiento. Amigo Lopez, mi hija es buena, honrada, y debo creer que lo será siempre; pero podría casarse con un hombre indigno, y acaso pudiera un día, en la desesperación, llegar á ser una de tantas mujeres señaladas por todo el mundo, que llevan la risa en los labios y la muerte en el corazón. No, no, por Dios; que no se case mi hija con hombre en quien yo no tenga tanta con-

fianza como en mí mismo. Esa confianza la tengo en V., amigo Lopez. Quiera Dios que mi hija ame á V. y que le diga su corazon noble y leal que V. es capaz de hacer su ventura.

El General no cabia en sí de gozo, y Lopez estaba aturdido y no sabía lo que le pasaba. Quería expresar los dulces afectos de su corazon á su generoso jefe, todo bondad para él, y no acertaba con frases que interpretaran su pensamiento.

—Mi General, perdone V.,—dijo,—perdone V. si en este momento no digo á usted todo lo que siente mi corazon. Yo creo que esto es un sueño; no puedo explicarme cómo V., un hombre de la posicion de V... perdone V., no sé lo que digo, y no diré más que vaciedades, no diré nada que sea la expresion de los tier-nos sentimientos... Nada, es inútil, no puedo hablar, y ahora siento no haber cultivado más mi inteligencia, no haber procurado adquirir esa facilidad que otros tienen para expresarse... Es tan hermoso poder expresar lo que se siente...

—Amigo Lopez, hay muchos que expresan muy bien y sienten muy mal. Usted siente y siente la verdad, y no finge; pero no la expresa V. con grandes frases: eso es mejor, Lopez, mucho mejor. Domine V. su emocion, que ya vamos llegando, y allí me parece distinguir la sombrilla blanca de mi hija... ¿No distingue V.? Allá abajo, entre aquellos árboles...

—Es verdad, mi General, allí está Isabel.

—Pues serénese V. y cobre ánimo y esperanza.

VII.

Un marido para un remedio.

El General habló aquella misma noche á la Generala de su proyecto de casar á Isabel con Lopez, que tan enamorado estaba de la muchacha. Virtudes oyó atentamente la narracion que su marido le hizo de todos los detalles de su conferencia con Lopez, y los extremados elogios que dedicó al jóven y bizarro ayudante de campo, y como el General queria oir su dictámen, contestó de la manera más natural del mundo:

—Pues si se quieren, á casarlos pronto.

—Él la quiere; ella no sé si le querrá,—observó el General.

—Ella le quiere,—repuso Virtudes.

—¿Sí?... ¡Qué felicidad! ¿Cómo lo sabes?

—Porque Isabel amará al primero que le hable de amor, sobre todo si es Lopez el primero. Le ama ya acaso, pero aún no se ha dado bien cuenta del sentimiento que le inspira Lopez.

—¿No es verdad que mi hija será feliz?

—No me atreveré á asegurar tanto.

—¿Cómo! ¿Temes acaso... ¿Tienes algun motivo para suponer algo que desfavorezca á Lopez?

—No, todo lo contrario ciertamente; pero, hijito mio, ¿quién es capaz de adivinar lo que se oculta en el corazon y en la cabeza de un hombre? Lo que se ve de Lopez es inmejorable; es hombre de talento, valeroso, formal, prudente, discreto, un hombre irreprochable; pero vé tú á leer allá en el impenetrable fondo de su alma. Lopez es un hombre temible.

—¿Qué dices, mujer?

—Temible como todo lo oscuro, como todo lo sombrío.

—Es un hombre de bien.

—Y lo será siempre, de eso estoy segura; pero hay hombres de bien que hacen muy desgraciadas á sus mujeres.

—Yo nada temo; al contrario, Lopez me parece el mejor de los hombres.

—Es posible que tú aciertes.

—¿Los casamos?

—Bien; Isabelita debe casarse, y pues que Lopez dices que la ama...

—¡Qué! ¿dudas que la ame?

—No, no lo dudo; creo firmemente que la ama.

—Entónces... ¿por qué imaginas que pudiera no ser feliz Isabel?

—Mira, hay cosas que las mujeres sentimos y no podemos explicar; son impresiones de que apénas podemos darnos cuenta... en fin, no se hable más de ello. Lopez es un hombre de pundonor, que hará carrera, y tu hija casa bien casándose con él.

—Eso creo yo.

—Pues á casarlos y á procurar que sean felices.

—Lo serán. ¿Isabel le amará?

—Seguramente.

—Yo he autorizado á Lopez á que le manifieste sus sentimientos.

—Pues esperemos. Esta noche haremos de modo que puedan hablar los dos. Tú y yo jugarémos al dominó con muchísimo interes, como si estuviésemos muy empeñados en la partida, y verás cómo Isabel está mañana más animada que estos días.

En efecto, Isabel supo que Lopez la amaba, y conoció que ella le amaba tambien. Lopez no se lo dijo miéntras el General y Virtudes jugaban al dominó: se lo dijo en un billete, porque Lopez ya expuso él mismo, en su diálogo con el General, que no tenía la facilidad de expresar lo que sentia. Prefirió escribir, y escribió una carta con frases sencillas y sinceras, sin exageraciones, sin rebuscados conceptos, que no podia estampar un hombre tan serio como era Lopez. Decia en su carta que la amaba con amor profundo y verdadero; que procuraria hacerla feliz; que él no queria más ventura en el mun-

do que obtener el cariño de una mujer á quien habia considerado como la más digna de ser amada y la única que él amaria en su vida, y consignaba que si el mismo General no se hubiese mostrado conforme con que declarase á su hija el amor de su corazon, habria tardado mucho en atreverse á tanto; el tiempo que hubiera tardado en considerarse digno de aspirar á la suprema dicha de ser amado por la que su alma habia elegido. Era una carta llena de sinceridad, y veíase bien que quien la habia escrito expresaba franca y fielmente los sentimientos de un corazon noble y apasionado.

—Y sin embargo,—decia Virtudes, hablando con su marido despues que Isabel le enseñó, llena de gozo, la carta de Lopez,—ese hombre no parece un enamorado. Lo está indudablemente, porque, eso sí, es incapaz de mentir; pero en verdad te digo que si yo estuviera en lugar de Isabel, habia de inspirarme temor ese hombre.

—En efecto, Lopez—dijo el General—

tiene un carácter singular; pero yo le tengo bien probado, y en él he hallado ocasion de reconocer todos los más nobles sentimientos. Isabel le ama, ¿no es verdad?

—Ya te dije que sí. Tuvimos ayer en el huerto, miéntas os esperábamos, una conversacion de esas que sólo tienen amigas ó hermanas que se quieren mucho, y comprendí que amaba á Lopez. Hay algo de fascinador en ese carácter de Lopez, que tú calificas de singular y yo de oscuro y sombrío. Algun misterio hay en su vida, algun secreto en lo profundo de su corazon, alguna amargura en su alma.

—¿Lo crees así?

—Positivamente. Y más te diré: el carácter de Lopez es más sombrío desde hace algun tiempo, desde que murió su padre.

—Eres terrible observadora.

—No; soy mujer, y las mujeres solemos ver más que vosotros.

—Es natural que le afectase la muerte de su padre y que tan gran desgracia haya amargado su existencia.

—Sí, en efecto, Lopez habrá sentido perder á su padre, pero esa muerte ha señalado en él una huella muy profunda.

—El natural dolor.

—Sí, el natural dolor y algun otro dolor muy hondo.

—¿Qué motivos tienes para presumir...

—Todo es una presuncion.

—Pues yo nada puedo presumir ¿Qué puede haber sabido Lopez al morir su padre, que haya hecho en él tan profunda impresion?

—¿Quién sabe? ¿Tú has visto su partida de bautismo?

—Sí, muchas veces.

—¿Es hijo de legítimo matrimonio?

—A no dudar; consta en su expediente personal, y yo conocí á su padre y á su madre, una señora muy buena, que murió mucho ántes que su marido, cuando todavía era un chico Lopez.

—¿Y era rico el padre?

—Yo no sé á punto fijo; pero pasaba por tener una regular fortunita.



—Entónces Lopez tendrá la fortuna de su padre.

—No le he preguntado, ni él me ha dicho; pero aunque su padre no le hubiese dejado una peseta, no es hombre Lopez que esté prendado del dinero. Nunca le he podido suponer codicioso.

—No, yo tampoco, porque en ese hombre no se puede, en verdad, suponer nada que no sea noble y digno, y sin embargo, es indudable que tiene lo que se llama sombra, algo misterioso que ejerce en su carácter singular y poderosa influencia.

—Sí, es un hombre original. ¿A quién se le ocurre, estando en casa, viendo á todas horas á mi hija, escribir una carta para declarar su amor?

—Eso ya lo explica él mismo.

—Y ¿qué te ha dicho Isabel?...

—Isabel ha dicho poco, pero en su semblante se ve ya hoy la satisfaccion de ser amada. Ahora ya no hay más remedio que casarlos, porque Isabel, á quien el amor curará de su enfermedad, se

moriria irremisiblemente sin ese amor.

—Sí, sí, no hay que vacilar. Yo quiero su vida y su felicidad.

—Su vida sí, pensó Virtudes, su vida sí la tendrás; pero no sé si le está reservada la felicidad.

Cuatro meses despues el capitan Lopez y la hermosa hija del general Ramirez se unian en matrimonio. Radiante ella de hermosura, y él apuesto y bizarro, formaron la pareja más encantadora; y si ellas, las que conocian á Isabel, aseguraban que ésta no podia ménos de ser muy dichosa con su marido, en quien Dios habia juntado todas las más relevantes prendas, ellos, los que admiraban la singular belleza de la recién casada, decian que Lopez era un hijo mimado de la suerte, porque suerte inmensa era y dicha incomparable ser amado de mujer que por su hermosura, por su virtud y su talento podia ufanarse de no tener rival digna de ella.

El General estaba loco de contento, y era felicísimo con su Virtudes, y contem-

plando dichosa á su hija, y libre enteramente de aquella enfermedad que amenazó su existencia.

Pero,—así suele suceder,—cuando era más grande la ventura del caballeroso y digno General, cuando nada ambicionaba ya, cuando acababa de obtener altos honores, cuando esperaba fundadamente ser llamado pasados breves dias á desempeñar el Ministerio de la Guerra, una imprevision le produjo la traidora enfermedad, que al principio pareció levísima indisposicion, consecuencia de haber salido á la calle poco abrigado en una noche de aire aleve y sutil, y era aguda pulmonía, que en breves horas le llevó al sepulcro.

El aire del Norte no suele hacer daño al pobre y al desamparado, y mata sin compasion al rico y al venturoso. ¡Ni siquiera pudo el General dictar disposiciones testamentarias! Cuando el escribano, llamado por Lopez, llegó á la casa, ni médico ni escribano podian hacer nada en servicio del enfermo: solamente el

ministro de Dios hacía falta á la cabecera de su lecho, y allí estaba, recomendando á la bondad divina un alma que se desprendía de la deleznable materia.

El General, siempre poco previsor, no se habia cuidado de hacer su testamento hallándose en plena salud, que es cuando han de hacerlo los que tengan algo que dejar en el mundo más que el recuerdo de sus buenas ó malas acciones. Toda su fortuna, que era considerable, pertenecía, pues, á su hija, y la viuda quedaba excluida por la ley de toda ventaja, como que no habia tenido hijos del difunto, y éste no se habia apresurado á asegurar su porvenir, ni la habia dotado al casarse con ella, si bien pensó siempre que á Virtudes debia consagrar una buena parte de su hacienda, pudiendo hacerlo sin detrimento de la que habia de ser para su hija.

Virtudes sintió muchísimo la muerte de su marido, lloró sin consuelo, y cuando pasaron algunos dias, al darse cuenta del horrible golpe con que Dios

habia probado su fortaleza, tembló, comprendiendo que se quedaba tan pobre como ántes de casarse.

Precisamente para asegurar su porvenir habia emprendido la conquista del viudo, obteniendo completa victoria; y sin embargo, satisfecha su vanidad y persuadida de haber realizado su deseo, vió con espanto que todo lo tenia logrado menos lo que principalmente se habia propuesto lograr. Esto les sucede á muchos en este pícaro mundo.

—Tú no te separas nunca de mí,—le dijo Isabel con verdadero cariño.

Pero esto no tranquilizó á Virtudes, que no se hacía ilusiones respecto de la benevolencia que podia esperar de Lopez.

Habia completa incompatibilidad de carácter entre Virtudes y Lopez.

Y ahora permitirá el lector que nos separemos de la viuda y de los jóvenes esposos, por ser llegada la ocasion de que se refiera un incidente interesante, que no huelga seguramente en esta verídica narracion.

VIII.

Un marido feliz infeliz.

Años ántes de los en que ocurrió lo que se ha referido, muchos años ántes, vivía en Madrid un honradísimo comerciante, llamado D. Sandalio Gomez, que trabajando mucho, y con una conducta irreprochable, habia hecho un capital muy regular; mérito grandísimo en quien vino á Madrid sin dinero y sin tener valedores ni amigos ni parientes. Enamoróse aquel hombre de una hermosísima doncella, de familia distinguida, aunque no muy holgada de fortuna, y se casó con ella como Dios manda, amándola cada vez más, cifrando toda su ventura en que su mujer fuera feliz y viera satisfechos todos los

caprichos, y siendo un esclavo sumiso más que marido, con lo cual no hay que decir si sería envidiada la afortunadísima esposa, que, como decían sus amigas, había hecho una suerte loca.

Buen aire dió por cierto al dinero de D. Sandalio, empleándole en lujos y vanidades, con gran contentamiento del excelente hombre, que se ufanaba de que el producto de su trabajo lo invirtiese su mujer en aquello que mejor quisiera. Mas D. Sandalio, con ser tan dichoso, no lo era todo lo que había soñado, porque su afán fué siempre tener un hijo, y habían pasado tres años, y no venía el ángel deseado; pero á bien que no perdía la esperanza.

Y entre tanto, gastaba con la mayor bizarría su fortuna, y él, que jamás había ocupado en el teatro mejor localidad que anfiteatro segundo, tuvo abono á palco en los dos principales, y adquirió amistades, ajenas completamente á los negocios en que asiduamente se ocupaba, y recibió una vez cada semana, y entró, en

fin, en las costumbres del gran mundo, que aunque motejaba de *cursi* á D. Sandalio, no desdeñaba su casa ni su trato, porque D. Sandalio, en opinion general, tenía dinero, y en esta sociedad eso es lo que hay que tener, ó hábilmente aparentar tener, para que se le llene á uno de amigos la casa y para ser bien recibido en todas partes.

D. Sandalio estaba aturdido, y tal era su ofuscacion, que hasta llegó á sentir otro deseo, aparte del de la prole: el de cruzar su pecho con una banda azul ó encarnada ó verde, con una banda que le hiciera excelentísimo señor y comunicase á su mujer la mismísima excelencia. A sus reuniones asistian muchos excelentísimos señores con sus respectivas consortes, y humillábale no igualarse con aquéllos en lo de la excelencia, y le mortificaba que á su mujer, su reina, su diosa, que en su concepto era superior á todas las mujeres del mundo, no le pudiese decir el criado: «*S. E. está servida.*»

Y empezó á pensar D. Sandalio en

cómo haria para lograr aquellos honores que exigia su posicion en el mundo. Pensó ser diputado, y en unas elecciones generales dirigióse, por medio de un manifiesto, al distrito á que pertenecia el pueblo de su naturaleza, pidiendo sufragios, como si fuera un alma en pena, y prometiendo hacer por el distrito los mayores sacrificios, y el inocente y cándido candidato creyó asegurar su eleccion consignando en el documento que no estaba afiliado á ningun partido, que era un hombre independiente, que no tenía compromisos ni afecciones en política, mereciendo por esta declaracion una acogida poco entusiasta, en verdad, porque aquellos electores habian aprendido ya que solamente un diputado muy ministerial ó uno de rabiosa oposicion pueden servir de algo, y que á los independientes se les hace, por lo regular, poquísimo caso, porque son como dicen que era la espada de Bernardo, que ni pinchaba ni cortaba.

Sin que se le explique más compren-

derá el lector discreto que D. Sandalio no obtuvo el éxito apetecido en la elección. Un candidato desconocido en el distrito, pero muy conocido y bien relacionado en Madrid con los prohombres de la política, le derrotó gallardamente, costándole esta derrota á D. Sandalio algunos cinco mil duros, que le comieron sus agentes en el distrito; bien que ellos dijeron que los habian gastado en el alborque con que en los varios pueblos tuvieron que obsequiar á los electores, que despues de obsequiarlos el candidato *natural*, votaron al *cunero*. Este desengaño produjo á D. Sandalio una enfermedad, y no se hubiera consolado nunca si un suceso venturoso no hubiese venido á hacerle olvidar la diputacion á Córtes y las marrullerías y malas artes de los paturdos, que le engañaron como á un chino.

Su mujer estaba en cinta. Creyó el hombre volverse loco de felicidad. Un hermosísimo niño vino meses despues á alegrar aquella casa, y más orgulloso es-

taba D. Sandalio con su hijo que hubiera estado con todas las bandas y condecoraciones del mundo. Ya no fué amor lo que le inspiraba su mujer; fué adoración, idolatría. Trabajó con más ahinco, desplegó toda la actividad de que era capaz, hizo viajes al extranjero, tomando parte en negocios de consideración, y todo su afán fué reunir la mayor suma posible de capital para su mujer y para su hijo.

Y así pasaron los años, y D. Sandalio vivió feliz. Pero un día volvió sombrío á su casa, y desde aquel día pareció que la felicidad habia concluido para él; desde aquel día miró con enojo á su mujer y á su hijo, que eran los séres que más habia amado en el mundo, y descuidó sus negocios y se empeñó en ruinosas empresas, y perdió de prisa mucho de lo que poco á poco habia ganado, y su capital fué mermando considerablemente.

Y más adelante, solia encerrarse con su mujer, y despues de largas horas, la esposa aparecia con los ojos encendidos,

quemados por el llanto, y D. Sandalio no podia ocultar su exaltacion.

Era, sin duda, algo horrible lo que pasaba en aquella casa. El hijo de aquel desventurado matrimonio, que ya tenía quince años, estaba en un colegio recibiendo brillante educacion. Un dia don Sandalio envió una carta al director del colegio, que, no bien se enteró de ella, llamó al hijo del comerciante, y le manifestó que éste habia resuelto que no continuase en el colegio, y con sentimiento le trasmitia la órden paterna para que recogiera sus ropas y sus libros y volviese á su casa. Así lo hizo el muchacho, sintiendo tambien salir de un colegio donde se encontraba perfectamente y habia cobrado singular afecto á sus profesores y condiscípulos. Volvió á su domicilio, acompañado de un dependiente del colegio, que llevaba á D. Sandalio la contestacion del director, y con sorpresa vió gran número de personas agrupadas delante de la puerta de la casa de su padre, y acercándose para entrar, contempló una triste escena.

Dos agentes de la autoridad sujetaban á D. Sandalio, que hacía violentísimos esfuerzos para desasirse y les increpaba en términos impropios de un hombre que siempre había sido apacible y prudente. Abrióse paso el jóven, y corrió á abrazar á su padre, exclamando:—¿Qué es esto, padre mio?—Y aquel fué el momento más terrible, porque D. Sandalio abrió desmesuradamente los ojos con espanto, miró á su hijo, pronunció con ronco acento palabras que no se comprendieron, y cayó, falto de sentido, en brazos de los agentes, que teniéndole sujeto, libráronle acaso de que se rompiera el cráneo en la acera. Aprovechóse aquella circunstancia para subirle á su habitacion, y entónces la desdichada esposa se enteró de lo que había pasado.

Don Sandalio se había arrojado por el balcon, siendo recogido en la calle por los agentes y los transeuntes, y dando, al ser preguntado, evidentes señales de enajenacion mental, pues insultó á los dependientes de la autoridad y á los curiosos,

dijo mil disparates y profirió terribles amenazas contra todos los que le hacian alguna observacion en aquel momento ó le dirigian alguna frase de consuelo. Hubo que sujetarle para evitar que se arrojara sobre alguno.

La mujer de D. Sandalio hallábase enferma en un aposento distante del despacho de su marido, y nada habia podido saber. Los balcones de sus habitaciones daban á otra calle. Solícita acudió á su marido, que al cabo de una hora abrió los ojos y miró á los que le rodeaban sin reconocerlos, y no contestó á las preguntas que se le hicieron, como si no se diese cuenta de lo que veia ni entendiera el lenguaje que se le hablaba.

Interrogóle el juez acerca de los motivos que le habian impulsado al suicidio, y no contestó; miró al representante de la justicia con esa mirada triste y temerosa de los dementes; sonrió luégo, y por último, inclinó la cabeza, clavó la vista en el suelo, y en esta actitud permaneció horas enteras, indiferente á los halagos y caricias

de su hijo, á los cuidados de su mujer y á las instancias de los médicos y de los amigos que acudieron á la casa en sabiendo el lance.

Los médicos reconocieronle y convinieron en que D. Sandalio habia perdido la razon.

Y no volvió á recobrarla el infeliz.

Preguntaron á su mujer si podia señalar indicio alguno por donde se pudiera hallar el origen de la locura del desventurado, pero la mujer nada dijo: sin duda el origen de aquel tan grande infortunio no podia decirse; no lo podia decir la esposa del pobre que lo sufría.

Acaso no era el loco el más desgraciado, aunque sea la mayor desgracia vivir privado de razon: su mujer era más desgraciada que él. Ella sabía por qué se habia cubierto de eterna sombra el cerebro del desventurado; ella sabía qué agudísimo, incomparable dolor habia herido el corazon del hombre que tanto la amaba, y no lo podia decir; ella sufría mucho más que el loco, que no volvió á caer en

terribles abcesos, que fué cinco años el loco más humilde. La fortuna de D. Sandalio habia quedado reducida á muy poco, á tan poco, que, á los tres años de su enfermedad, la esposa tuvo que malvender sus galas para atender á los gastos de la casa y á los de la carrera de su hijo, que estudiaba medicina, y al comenzar el último año de aquella tristísima existencia, carecia la desdichada de todo recurso. Don Sandalio, que ántes de que se declarase su locura se habia hecho pródigo, tiró materialmente el dinero, que lo mismo era darlo á personas sin más garantía que su palabra, con lo cual dicho se está que no hubo ninguno de los favorecidos que, cuando le vieron privado de razon, se apresurase á reintegrarle cantidades que el demente no habia de reclamar.

Y como ni su mujer ni su hijo estaban enterados en los asuntos del desventurado, ninguna reclamacion pudieron hacer, careciendo de antecedentes y de comprobantes. Y la miseria, con todos

sus horrores, entró en aquella casa, que ántes fué la casa de la prosperidad y de la ventura.

Procuró la pobre madre con su trabajo obtener lo preciso para la vida del demente y de su hijo; pero si el trabajo de la mujer que sabe trabajar es siempre poco productivo, ¿cómo habia de serlo el de la que habia perdido todo hábito de trabajo y sufría la pesadumbre de amarguísimas penas? El hijo infeliz de D. Sandalio quiso ayudar á su madre, y algo consiguió ganar sirviendo de amanuense en una casa de comercio las horas que le dejaba libres el estudio de la Medicina; pero todo era insuficiente, y si se hubiera prolongado más tiempo la existencia del loco, habria sido preciso que la caridad se hubiese hecho cargo de él; pero al terminar el año quinto de la enfermedad, el pobre D. Sandalio se extinguió en brazos de la desolada esposa, sin haber vuelto á reconocerla desde el dia en que la facultad le declaró loco oficialmente, digámoslo así, porque loco estaba ántes de que la fa-

cultad lo declarara, y bien lo sabía su desventurada compañera.

Ésta sobrevivió á su marido cuatro dias. En el mismo jergon en que habia muerto el loco se encontró el cadáver de la que un tiempo fué la más hermosa, la más bizarra y seductora mujer de Madrid. Los médicos que reconocieron su cuerpo certificaron que habia muerto la triste á consecuencia de la rotura de un aneurisma, y á nadie extrañó este fin de una existencia tan penosa y desdichada como habia sido en los últimos cinco años la de la esposa del demente.

El jóven huérfano habria pasado por la horrible amargura de ver conducir el cadáver de su madre querida en la caja de los pobres de la parroquia, y hubiese ignorado siempre en qué lugar de la fosa comun descansaban aquellos tristes despojos, si no hubiera recibido, bajo un sobre, un billete de cuatro mil reales el dia siguiente al del fallecimiento de la viuda de D. Sandalio. Acompañaba al billete un papel, en el que el huérfano leyó estos

renglones: «Para que dé V. decorosa sepultura á su madre, restituye á V. esos cuatro mil reales quien se los debia á su señor padre. Tenga V. fe y esperanza, y sea hombre honrado.»

El huérfano, sabiendo que su padre habia hecho muchos préstamos á no pocas personas sin recoger de las mismas documentos que acreditaran la deuda, creyó firmemente que aquella cantidad tenía esa procedencia, y bendijo al hombre de bien que en tan dolorosos instantes le hacía tan oportuna restitucion. Cumplió la voluntad de su incógnito favorecedor, y el cuerpo de su madre fué decorosamente conducido al campo del reposo y sepultado en sitio preferente. Y despues, no habiendo empleado toda la suma, aún pudo pagar modesto funeral y misas en sufragio de las almas de sus padres, que tan corto tiempo habian tardado en reunirse en el reino de la verdad.

Siguió sus estudios el jóven, viviendo en gran estrechez, pero con la fe y la esperanza que le habia recomendado el

anónimo donante de la suma que se ha citado, tuvo ánimo para sufrir, y ni un momento cedió su espíritu al desaliento, hasta que, mal alimentado y sin abrigo, adquirió en un cruel invierno peligrosa enfermedad, que le puso al borde del sepulcro. Venció la naturaleza vigorosa de los pocos años, y como los pobres no pueden permitirse cómoda convalecencia, Roman, que ya es tiempo de decir el nombre del huérfano, apenas salió de su enfermedad, volvió á dedicarse á su estudio y á sus trabajos de amanuense, bien ajeno de que pocos dias despues habia de cambiar completamente su situacion, y habia de hallarse dueño de una fortuna quien no tenía casi ni lo más preciso para la subsistencia.

Una noche, porque de dia nunca estaba en casa, cuando volvía á la guardilla donde dormía, que en ella le tenían cedido un cuartito los inquilinos de tan miserable vivienda, marido y mujer, tan honrados y buenos como pobres, díjole su patrona:

—Don Roman, mañana tiene V. que estar en casa á las dos.

—¿Para qué?...—preguntó el jóven;—¿tienen ustedes algun banquete y me convidan?

—No, señor, pero es preciso que esté usted aquí á las dos. Van á venir dos personas que con precision necesitan ver á usted.

—¿Dos personas?... Pues yo no puedo estar aquí á las dos. Para esperar á esas personas tendria que dejar de ganar mañana la peseta que me da el bueno de don Simon por escribir las cartas á sus correspondentes. Es un hombre de muy mal genio, y por faltar un dia sería capaz de enviarme noramala y dar á otro mi plaza. Así como así, todos los dias van pretendientes.

—Pues ello es preciso. Son dos caballeros, es decir, un caballero y un cura...

—¡Hombre! tambien el cura será caballero.

—Sí, sí, señor, eso quise decir. El caballero es jóven todavía, aunque no

tanto como V.; viste de luto, es muy buen mozo, con unos ojos hermosísimos, y digo á V. que infunde respeto; serio, grave, un aspecto de hombre de bien y de suposicion. Debe ser un personaje y debe tener mucho talento.

—¿Y el cura?

—El cura parece un buen señor.

—¿Y para qué quieren verme?

—Me han dicho que les espere V. mañana sin falta á las dos, porque han de hablarle de un asunto que le importa mucho. No pueden venir á cosa mala, no, señor; apostaria cualquier cosa, y no tengo nada, á que vienen á hacer á usted algun beneficio.

—¿Han dicho algo por donde V. comprenda que se trata de hacerme favor?

—No, señor; nada han dicho.

—¿Ni sus nombres siquiera?

—Ni sus nombres.

—Me hace V. entrar en curiosidad.

—Por Dios pido á V. que no falte mañana á las dos. Yo les he prometido que estará V. aquí, y V. no va á dejarme más

fea de lo que soy. ¿Con qué cara les digo cuando vengan que no está V. en casa?

—Bien, estaré; pero mañana no gano la peseta y no cómo.

—¡Válgame Dios!

—Ni les pago á VV. el real de cuarto y cama.

—Eso es lo que ménos importa, y en cuanto á comer, quiere decir que echaré yo unos cuantos garbanzos más en el puchero, y un par de patatas, y come usted con nosotros.

—Bien decia yo que mañana tenian ustedes banquete.

—Banquete no, pero buena voluntad sí que la tenemos, y ojalá pudiéramos ofrecer á V. algo bueno. Usted sí que va á tener mañana un alegron.

—¿Sí? Buena falta me hace, pero no lo espero.

—Me lo dice el corazon, y no me engaña nunca.

—Ahora me parece que el corazon no dice á V. la verdad.

—Vamos, que si no fuera cosa de im-

portancia, no tendrían esos señores tanto interés en ver á V. Y como uno de ellos es un cura, se me ha puesto entre ceja y ceja que se trata de una herencia ó cosa por el estilo.

—¿Herencia? ¿De quién?

—¡Tóma! ¿quién sabe? A lo mejor, eso le pasa á cualquiera, se muere allá en las Américas un tío que nadie había oído hablar de él, y le deja á su sobrino, sin conocerle, cinco ó seis millones.

—Pues no echa V. cuentas poco alegres...

—Usted lo verá, y no se ha de tardar mucho.

Y en efecto, acertó la buena mujer.

A las dos del día siguiente entraban en la guardilla las dos personas que el día ántes habían ido á buscar á Roman.

—El objeto que aquí nos trae—dijo el caballero de quien tanto elogio hizo la patrona de Roman—está explicado en muy breves palabras. Una persona, cuyo nombre no estamos autorizados á revelar, nos ha comisionado para que entreguemos á

usted este documento, que acredita el depósito de 25.000 duros en el Banco de España á nombre de V., que puede disponer de ellos libremente, como quiera.

El jóven no acertaba á murmurar una frase. Tan grande era su sorpresa.

—No tenga V. escrúpulo alguno—continuó el desconocido—en recibir este documento.

Roman estaba aturdido. Aquélla era una impresion demasiado fuerte.

—Caballero—dijo al fin—yo no sé... Ese dinero es mucho...

—Este dinero es legítimamente de usted.

—Pero ¿quién es quien me da ese dinero?...

—Ya he dicho á V. que no revelaremos su nombre.

—Y VV., que vienen á darme esta inmensa fortuna, esta felicidad que nunca pude soñar, ¿quiénes son? ¿No lo sabré tampoco?

—¡Quiera Dios—dijo el caballero—que en efecto sea este dinero la felicidad

para usted! Suele no ser el dinero la felicidad.

—Otra vez—añadió Roman—he recibido una suma no tan grande, pero que vino oportunamente á evitarme un gran pesar.

—Acaso esa suma que recibió V. tenía igual procedencia que ésta.

—Fué en la triste ocasion de la muerte de mi madre, cuatro dias despues de haber muerto mi padre. Recibí bajo sobre, y con un papel escrito, que siempre conservo, 4.000 reales, destinados á dar decorosa sepultura á la pobre mártir.

Y Roman sacó de su cartera y mostró al desconocido el papel á que se referia.

El caballero leyó lo escrito, y devolvió el papel al jóven, diciéndole:

—En efecto, igual procedencia tenía la pequeña suma que en aquella ocasion envié á V. la persona que hoy envia á usted esta otra. Cumplida nuestra mision, nos despedimos de V. No tengo derecho alguno para dar á V. consejos; pero us-

ted no se enojará seguramente si le digo que deseo no le desvanezca la fortuna; que no abandone V. sus estudios, porque el hombre ha de ser algo, ha de tener una profesion, aunque tenga fortuna, que puede faltarle. Procure V. conservarla y aumentarla honradamente, y sea V. feliz.

—Caballero,—dijo Roman,—no puedo expresar á V. lo que siento en este instante. Yo prometo á V. ser hombre honrado. Bendiga Dios á quien de esta suerte y por tan singular manera me favorece. Bendiga Dios á las dignas personas que vienen en su nombre á entregarme esta fortuna. Y ahora, por Dios, suplico á ustedes que me digan sus nombres, para que eternamente los grabe la gratitud en mi corazon, ya que no puedo saber el de mi bienhechor.

—Yo soy un humilde sacerdote—dijo el que acompañaba al desconocido;—mi nombre es José García, el nombre de cualquiera.

—Yo me llamo Gomez, ó Fernandez,

ó Martinez, ó Lopez, ó como V. quiera,—
dijo el caballero.

Y estrechando con afecto la mano del
huérfano, salió de la guardilla, seguido
del sacerdote.



IX.

Cómo se rompe la felicidad.

—Señora,—habia dicho el marido de Isabel á Virtudes,—creo interpretar fielmente los sentimientos de mi mujer, diciendo á V. que la casa de nuestro difunto padre es la de V., y en ella puede permanecer cuanto tiempo quiera, ó siempre, con mucho gusto nuestro.

—Gracias, Lopez,—habia contestado secamente la Generala, profundamente herida en su amor propio.

Comprendia que, con el ofrecimiento que le hacía el marido de la hija del General, queria significarle que ya no era suya la casa de su difunto esposo; que si

continuaba en ella sería por tolerancia de sus dueños, y, por consiguiente, desde aquel punto cesaba la autoridad que había ejercido en vida del malogrado General, siempre sometido á la voluntad de su mujer.

—Yo siento mucho—dijo Lopez á la Generala—que su esposo de V. no haya hecho testamento, porque indudablemente no hubiera dejado de repartir entre V. é Isabel su fortuna, por que era grande y profundo el amor que á V. tenía; pero siendo legalmente de Isabel toda su fortuna, pudiera ella hacer lo que no hizo su padre, porque no pudo, y ceder á V. una buena parte de lo que le corresponde. No me opondré seguramente, si así lo desea Isabel...

—Pero me opondré yo,—observó con altivez la Generala.—Y ruego á V. que no hablemos ya de cosas que me son por todo extremo desagradables. Sé perfectamente lo que V. piensa respecto de mí y lo que tengo que hacer.

Virtudes manifestó á Isabel su propó-

sito de no seguir viviendo en aquella casa; y como era de presumir, Isabel, ligada estrechamente á la mujer de su padre, se opuso resueltamente á separarse de ella. Eran demasiado fuertes los lazos que unian á las dos mujeres, que habian vivido como hermanas cariñosísimas, para que pudiera Isabel romperlos sin dolor profundo de su corazon. Bien lo sabía Virtudes, y con fundamento presentia que en la lucha con Lopez ella habia de triunfar, bien que Lopez era de un carácter enérgico, decidido, y en toda ocasion demostraba la firmeza de su voluntad.

No estaba bien avenido Lopez con los hábitos y costumbres de la Generala, que eran los de Isabel. Preferia la modestia al lujo y la ostentacion; hallábase mejor en su hogar, cuando sus deberes militares le dejaban libre, mejor que en la casa ajena, y la compañía de su mujer y de sus libros la estimaba más que la de personas extrañas en las reuniones y sa-raos, á que tan aficionadas habian sido Virtudes y la hija del General, y á los que



volverian seguramente, pasado el año de luto por la muerte del pobre Ramirez.

Quería Lopez que su mujer fuera lo que vulgarmente se llama una mujer de su casa; no quería que se derrochara en vanidades la fortuna heredada, que entendía conveniente conservar íntegra para sus hijos, si los tenía, como era de esperar, puesto que ya estaba en cinta Isabel; hastiábase sobremanera oír hablar de modas, y le sublevaba la enormidad de los precios á que vestían á su mujer modistas extranjeras, que podían ser ventajosamente suplidas por modistas españolas, más modestas y tan hábiles como aquéllas; deseaba que su mujer prescindiese de toda cosa frívola y superficial, y comprendiera los altos deberes de esposa y madre, y con ánsia esperaba el nacimiento de su hijo, porque suponía que el supremo amor maternal había de modificar completamente el carácter de Isabel, hecho á semejanza del de Virtudes, que nunca tuvo hijos, y siempre había sido egoísta y refractaria á los dulcísimos

sentimientos, que son la más encantadora hermosura de la mujer.

Notábase en Isabel un defecto, que era, en concepto de su marido y de toda persona sensata, lamentable por todo extremo. Su educacion religiosa habia sido deficiente, y no digamos que era Isabel incrédula, pero sí podremos decir que era casi indiferente. Su padre, ocupado en sus intrigas políticas, habíase cuidado poco de la educacion religiosa de Isabel, y ésta, solo en vida de su madre, y cuando era una niña, habia aprendido la doctrina cristiana.

Virtudes no habia reparado en esta falta de la educacion de la hija de su marido. No era ella tampoco ferviente devota, ni mucho ménos. Lopez, que tenía arraigadas creencias religiosas, no era, á la verdad, un mojigato, ni hacía alarde innecesario de su devocion; pero, buen católico, en Dios ponia la fe de su corazon, y á Dios elevaba el espíritu en sus diarias oraciones, oraciones que no rezaba con él su esposa, que hacía largos años habia per-

dido la costumbre de rezar. Y Lopez creia, con razon, que la indiferencia religiosa, censurable en un hombre, es verdaderamente gravísimo defecto en una mujer, aunque sea, por lo demas, buena y honrada, como seguramente lo era la suya.

Virtudes reiteró cien veces su propósito de separarse de los esposos; pero otras tantas Isabel se opuso resueltamente, y Lopez, que deseaba evitar á la que iba á ser madre disgustos que pudieran comprometer su salud, unió sus instancias á las de Isabel para que la Generala no realizase su propósito; mas esto no bastaba á Virtudes, ofendida y deseosa de venganza; no le bastaba que Lopez le suplicára; habíase propuesto que el mismo Lopez fuera humildemente á buscarla y á llevarla al lado de Isabel, de quien queria verla léjos.

Un dia Virtudes, que habia vuelto á insistir en su propósito como tantas veces, pareció ceder á las súplicas de Isabel y de Lopez; pero luégo salió de casa, fuése á

la de una de tantas amigas como tenía, y desde allí escribió á Isabel una tiernísima carta de despedida, suplicándole al propio tiempo que le enviase sus ropas y todos los objetos de su pertenencia.

Isabel se volvió loca; gimió, lloró, culpó á su marido de verse privada de su mejor amiga, le increpó con singular dureza, y fué tal su exasperacion, que sufrió un accidente, con lo cual el bueno de Lopez ya no supo lo que le pasaba, y él mismo se hizo mil reconvenciones; para calmar á su mujer, á la que pronto iba á dar á luz el deseado vástago, prometió solemnemente ir en persona á buscar á Virtudes y traerla otra vez á casa, de donde no volveria á salir.

Y lo hizo como lo dijo. Fué á buscar á Virtudes; por Dios y por todos los santos le pidió que no abandonara á Isabel; suplicó que le perdonase si en alguna ocasion le habia podido disgustar, y poco le faltó para pedir gracia postrado de rodillas ante la soberbia y altiva viuda del padre de su mujer. Cedió al fin Vir-

tudes, en atencion al estado en que se hallaba Isabel, y protestando que, despues que ésta diese á luz el primogénito, saldria de aquella casa, donde no queria estar.

Calmóse Isabel, recibiendo á Virtudes con grandes demostraciones de alegría, y no hubo novedad en la casa que merezca referirse hasta que llegó el dia del alumbramiento. La pobre Isabel sufrió mucho; su vida estuvo en peligro inminente, y dió á luz un niño muerto.

No hay con qué pueda compararse la desesperacion del amantísimo padre, que tenía puesta su esperanza toda en aquel niño. Era verdaderamente conmovedora su situacion, y temieron las personas que le rodeaban que perdiera la razon ó atentara á su existencia. Esto, no perdiendo Lopez la razon, no podia temerse, porque era profundamente católico, y el suicidio es incompatible con las creencias religiosas. El que cree en Dios no atenta á una existencia que no le pertenece, y al fin halla en su fe toda la fortaleza ne-

cesaria para sobrellevar las penas de la vida. La fe religiosa dió al fin resignacion á Lopez, y conformándose con la voluntad divina, volvió la calma á su espíritu.

Pero aún le esperaban duras pruebas.

Virtudes continuó ejerciendo influjo decisivo en el ánimo de Isabel, y pronto se vió turbada la paz del matrimonio. La Generala volvió á expresar sus deseos de vivir independiente, y habilísimamente puso de relieve á los ojos de la inexperta esposa los defectos que, en su concepto, tenía Lopez.

—A mí me da miedo ese hombre,—decia á Isabel.—Es tu marido, y Dios me libre de indisponerte con él; por hombre de bien le tengo, y creo firmemente que te ama; pero su carácter tétrico, su austera severidad, sus costumbres, que son, á no dudar, muy buenas y muy santas, no se avienen con mi carácter franco, abierto, expansivo. Antes de casarte, ya dije á tu padre que tu marido tenía sombra; que en su vida habia algun